
ATRINCHERADAS EN LA CARNE

Consejo editorial

María Eugenia Aubet - Manuel Cruz Rodríguez - Josep M. Delgado
Ribas - Oscar Guasch Andreu - Antonio Izquierdo Escribano - Raquel
Osborne - R. Lucas Platero - Oriol Romaní Alfonso - Amelia Sáiz
López - Verena Stolcke - Olga Viñuales Sarasa

LUCÍA EGAÑA ROJAS

ATRINCHERADAS EN LA CARNE

Lecturas en torno a las prácticas postpornográficas

Prólogo de valeria flores

edicions bellaterra



No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

Diseño de la colección: Joaquín Monclús

Fotografía de la cubierta: Angelita Kasper

Lucía Egaña Rojas, 2017

Edicions Bellaterra, S.L., 2017
Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

ISBN: 978-84-7290-739-3

Impreso por Prodigitalk. Martorell (Barcelona)

Índice

Prólogo, *valeria flores*, 9

Tecno-rituales de la carne. Contagios, sospechas, errores, 9

Introducción, 15

PRIMERA PARTE

1. La pornografía, 23

Los límites de la pornografía, 27 • Representación, ideología y pedagogía, 30

2. Feminismos y pornografía, 41

El feminismo abolicionista, 41 • El feminismo pro-sexo, 44 • La representación, una tecnología del género, 47 • Otras perspectivas y prácticas feministas pro-sexo, 50

3. Tensiones y mutaciones, de lo queer a lo cuir, 57

Críticas, cuestionamientos y problematizaciones de lo queer, 63 • Cuando lo queer no calza, 68

4. Herramientas para un agenciamiento del porno, 77

Un paréntesis sobre la autenticidad, 78 • Surgimiento de la postpornografía: prácticas y tecnologías, 82 • Las pyme del porno y el postporno, 84

SEGUNDA PARTE

5. Trazas de memoria transfeminista, 103
Rojas, anarcas, presas y lesbianas, 106 • Las lesbianas en el postfranquismo y la disidencia sexual, 112 • Transfeminismo y postporno en Barcelona, 133 • Formas de entender la postpornografía, 162
6. (escribir postporno), 163

TERCERA PARTE

7. De la identidad al más acá, 179
Ser migrante y pasar por andaluza. Accesibilidades, 183 • La universalidad del sexo y las exiliadas de la heteronorma, 194
8. Códigos personales, corporales y tecnológicos: postporno y software libre, 199
Códigos. El software sexo-genérico instalado en los cuerpos, 201 • La postpornografía como práctica hacker, 203 • Cuatro (posibles) hackeos postporno, 206 • Transhackfeminismo, tecnotransfeminismo, formas de hackear la relación entre tecnología y género, 223
9. Error, fracaso y las políticas negativas del postporno, 227
¿Quién dice el error?, 229 • Roles de la industria de la corrección, o cómo se reproduce lo perfecto (asumir el defecto), 232 • Algunas figuras para la reapropiación de las políticas negativas, 238

Anotaciones para un final, 257

Un fracasado manifiesto postporno, 266 • «¡el postporno no es ni será un manifiesto!» (manifiesto postporno), 267

Bibliografía, 273

Agradecimientos, 293

Prólogo

Tecno-rituales de la carne. Contagios, sospechas, errores

Toda investigación construye una ritualidad corporal. Un disponer el cuerpo, el saber, el sentir y el pensar a la liturgia obsesiva de interrogar, registrar y recrear eso que damos en llamar objeto de estudio, la carne de la investigación. Disponerse a la tarea de invención de un pedacito de mundo a compartir, rearmar o destruir. En este caso, Lucía aborda desde una visión localizada las prácticas postpornográficas en la ciudad de Barcelona. Situada *en la frontera*, como nuestra querida chamana feminista políglota Gloria Anzaldúa nos enseñó y nos desafía a habitar, la confección de este libro protagoniza un ritual liminal de vivir e investigar en la dificultosa y perturbadora proposición del *entre*, allí donde acontecen las afecciones más intensas, ni por debajo ni por fuera, sino entre las palabras y los cuerpos.

Es así que esta investigación respira *entre* cuerpos (del saber y del deseo, migrantes y blancos, precarios y privilegiados), metodologías (carroñeras, feministas, descoloniales), modos de escritura (teórica y autobiográfica, *en fácil* y *en difícil*), activismos (artísticos, políticos, tecnológicos), teorías (caníbales, eurocéntricas, latinas), afectos (rechazo y fascinación, caos y coherencia fugaz), comunidades (okupas, académicas, artísticas, transfeministas), geografías (Chile y reino de España), viajes (éxtasis sexual, drogas, alcohol, manada, literatura), identidades (investigadora y activista, performer y escritora, hetero y queer), espacios (personal y colectivo, público y privado), y códigos (binarios, abiertos, hackeados, audiovisuales, subjetivos).

El lugar de la incomodidad como pulsión epistemológica feminista anticolonial se asume desde una política transfeminista y hace de

la producción de saber una práctica política corporal, implicada, expuesta, no exenta de tensiones y contradicciones. Una militancia postporno que es a la vez una investigación activista.

Los rituales buscan sacralizar alguna actividad social o institucional, y sirven para integrar a los miembros de una comunidad en el orden establecido. Sin embargo, las modalidades de escritura, escucha, intervención e interrogación que emprende Lucía como tecnologías de la carne, más que sacralizar un estado de cosas, como la escena postporno en Barcelona, la descompone y rearma, al mismo tiempo que también su propia sensibilidad política, su subjetividad feminista y la práctica artística se ven reconfiguradas. Una *ars operandi* que no separa lo ético y lo teórico de lo estético y lo estratégico, una suerte de estratagemas de magia, decepción y verdad para ver y curar el mundo¹, despojada del optimismo hiperbólico de los afectos capitalistas y las narrativas triunfalistas y del éxito que predominan en tiempos de inflación neoliberal de egos.

Si los regímenes académicos de producción escritural son formas de subjetivación política, la escritura de Lucía busca perforar a lengüetazos rabiosos, a puro furor de intuición² y pregunta, a descarnada ostentación de dudas, privilegios y precariedades, la agitada intensidad del proceso de investigación sobre las prácticas postporno-gráficas en Barcelona.

Una investigación de y con l*s otr*s, y también una investigación *de sí* y *contra sí*, porque en la misma indagación e implicación con esas prácticas artísticas-políticas revulsivas, desbordantes e incomprensibles que cuestionaban las normas de la representación sexual, innominadas en un principio y exentas de cualquier rótulo, muta la investigación y muta el cuerpo y la sensibilidad de la investigadora. De modo que no solo escribe sobre el postporno, sino que el postporno se vuelve un sistema de escritura. Una práctica de escritura con el

1. Sandoval, Chela (2004). «Nuevas ciencias. Feminismo cyborg y metodología de los oprimidos». En AA. VV. *Otras Inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (81-106). Madrid: Traficantes de sueños.

2. Podríamos pensar esa intuición como lo que Anzaldúa denomina *la facultad*, esa sensación que dura un instante, una percepción fugaz a la que se llega sin razonamiento consciente pero que permite ver la estructura profunda debajo de la superficie de los fenómenos, una conciencia aguda mediada por la parte del psiquismo que no habla. «Quien posea esta sensibilidad está dolorosamente vivo para el mundo», afirma Gloria Anzaldúa (1987, p. 38).

cuerpo que rehúsa el análisis descorporizado, la enunciación en tercera persona y la distancia crítica de los modelos epistemológicos hegemónicos y hace de la vulnerabilidad una política del saber, del saber del cuerpo arrojado a una intimidad crítica³ que se ubica *entre* los problemas desde una apuesta a la cercanía, al con-tacto con los fluidos, las pieles, las palabras y los bits, a la espesura de un murmullo festivo que inflamó de energía vitalista el conjunto de las prácticas postporno de esa ciudad.

El libro cartografía en Barcelona la emergencia y consolidación de las prácticas postporno y sus referentes, a partir de tres vectores críticos. Uno, los desencajes entre norte y sur, en relación con las migraciones, el racismo y el colonialismo en el contexto de Barcelona. Así, contra el sesgo anglosajón de la hermenéutica postporno, la T en la expresión postpornografía es una inflexión enunciativa y visual que marca el índice de distancia con esas lecturas hegemónicas y oficia de recordatorio de nuestra condición colonial y como una invitación a la invención sexo-lingüística. Dos, la vinculación de las tecnologías del software libre con la postpornografía, en tanto práctica hacker de deconstrucción de los códigos sexo-genéricos que cuestiona la pornografía *mainstream* como una representación de código oculto y cerrado, la que produce una naturalización y normalización de modelos políticos del cuerpo. Tres, la importancia del error y del fracaso en la articulación de prácticas postpornográficas y la recuperación de los afectos negativos como forma de resistencia a la asimilación del capitalismo heteronormativo blanco.

Este libro puede ser leído como el relato de un desaprendizaje, que busca articular una narrativa local desde las incipientes prácticas postporno en las barricadas okupas de Barcelona, estableciendo diferencias entre postporno y porno feminista, ensayando relaciones con la historia del feminismo, de las lesbianas, de la dictadura y postdictadura del reino de España, auscultando los contagios con el activismo transmaricabollo y el transfeminismo, y las afinidades con los posicionamientos cuir, queer o kuirs.

Un mapa de afectos que traza modos de hacer de la precarización de la vida, una producción creativa y de agenciamientos poético-polí-

3. Mieke Bal (crítica cultural, artista y curadora).

ticos, destacando una suerte de mitología postporno con eventos, espacios y situaciones que hicieron de la escena de Barcelona, sin quererlo, un imperativo de vanguardia revolucionaria sexual o de canon estético y visual, y que la misma Lucía interroga con un tono descarado las condiciones que hicieron posible ese efecto no deseado. Así, enumera una serie de coincidencias que instituyeron a Barcelona como un lugar de referencia para el postporno, entre ellas, los movimientos migratorios, una fuerte escena okupa y hacker en la década del 2000, unas condiciones de precariedad sumadas a ciertas facilidades para resolver lo cotidiano, y la existencia de espacios institucionales de arte abiertos a acoger la postpornografía. Hoy, esta conjunción de circunstancias se encuentra en una franca regresión por los procesos de privatización del espacio público y de su higienización racial y sexual.

De este modo, lo bizarro, el cyberpunk, el DIY, que identifican a esa epistemología punk del postporno de Barcelona y que se vincula con un modo de producción de escasos recursos pero de veloz y fluida colectivización, se ha erigido como marco normativo de la inteligibilidad de las producciones postporno, impulsando una suerte de *deber ser* que tácitamente se va construyendo en el activismo sexopolítico.

Las cosas se comprenden mejor cuando se hacen. Entre hacer y comprender no hay una línea de contigüidad, pero sí de sensibilidad. Lucía pone el/su cuerpo en la investigación. Si las prácticas postpornográficas son espacios intersticiales que atraviesan el cuerpo y trastornan las retóricas de la razón, esta poética de una epistemología punk transfeminista despliega tecnorituales como modos de hacer/saber/sentir, entre los que cobran especial insistencia los *contagios*, los *errores*, las *sospechas*.

Contagios de los modos de hacer postpornografía para ensayar otros placeres, de otras formas de (des)aprender como experiencias corporales. Contagios entre modos de escritura de los cuerpos que pulsán potencias creativas, en los que la neutralidad no es posible. Contagios de atmósferas afectivas que incitan a la experimentación, el juego, el exceso y los desbordes para perder las formas conocidas heterocentradas del sexo. Contagios entre máquinas y cuerpos, imágenes y narrativas que desdibujan las fronteras de las disciplinas. Contagios como una pedagogía sexual perversa.

El *error* como un modo de producción académica, afectiva, subjetiva. Como índice de disfuncionalidad de los modelos ortodoxos y

de las convenciones sexuales. El error como autobiografía acallada por la norma. El error, la estría, la celulitis, lo feo, lo sucio, como fallos de la máquina semiótica-material capitalista de la obediencia. Como confianza crítica en la descolonización del imaginario sexopolítico. El error como una política de desprivatización de las solitarias frustraciones, que se opone a la tóxica positividad de la vida contemporánea. Como la condición ética de una revolución micropolítica. Como interrupción de las fantasías sociales activadas por la economía libidinal de la felicidad. El error como archivo anticolonial de imágenes y lenguas que fueron aniquiladas.

Sospechas de los relatos hegemónicos sobre la postpornografía que sitúan su surgimiento y desarrollo principalmente en Estados Unidos. De las formas de hacer política como hazañas individuales. Sospechas de los contextos de privilegio material y cultural que son borrados de los discursos. De los cuerpos que no entran en el postporno y su uniformidad racial. Sospechas de lo blanco y de la ausencia de lo oscuro. De un relato monocorde sobre la postpornografía y de sus efectos univerzalizantes. Sospechas de la institucionalización de las prácticas marginales. Del deseo y de la prepotencia del gusto. Sospechas de la visibilidad y el etnocentrismo epistemológico.

Cuando vivir e investigar se funden en un quiasma energético y cognitivo, se hace presente eso que muy certeramente señala María Ruido, la dificultad de narrar los debates recientes, más aun cuando se ha participado en ellos. Protagonizar esa escena, ser carne del acontecer postporno en Barcelona, vivir en el objeto de estudio ¿cómo dar cuenta de ello? Incluso este libro oficia de ritual de duelo, de un llanto crítico y nostálgico por la pérdida de ese objeto, de esa escena que se fue desconfigurando en el propio transcurso de ocho años de investigación.

Este libro nos presenta la densidad y complejidad de la investigación sobre el postporno desde una posición localizada y encarnada desde el sur, a la vez que en sus entrelíneas vibra un paralenguaje plagado de ira, violencia, carne, vodka y licor de hierbas, como quien ha atravesado un *trance* como una experiencia conmovedoramente vertiginosa, vital, y ahora escribe (con) sus cenizas.

valeria flores
setiembre del 2017



Annie Sprinkle as 1/2 slut and 1/2 Goddess.

Photo: Eric Kroll

I was never abused, never raped—still have never been raped. Nothing happened that would have led me to believe I would become “Annie Sprinkle” . . . until suddenly I ended up in prostitution—six months after I lost my virginity!

◆ **ANDREA JUNO:** How did *that* happen?

◆ **AS:** I needed money. I was a hippie—once in a while I’d smuggle some pot in from Mexico but now I was just being a hippie, not making money. This friend of mine was a witch; he cast a spell to help me find a

job—and a week later I was in a massage parlor. For 3 months I was a hooker—I was I saw were referred finally, after about 3 “trick” and I realized— I’m a hooker!

◆ **AJ:** We

◆ **AS:** Y on . . .

Introducción

Si siempre es difícil narrar los debates recientes, hacerlo desde la consciencia de haber participado en ellos es aún más complejo.

María Ruido

Hace diez años me inscribí en un programa de doctorado para tener papeles. Un año después me casé y seguí lentamente el doctorado como pude. Nunca imaginé que esta investigación iba a durar más que el tiempo que necesité para obtener un pasaporte europeo.

Cuando llegué al reino de España yo era un tipo de feminista chilena cercana a la «segunda ola». Me interesaban las «tecnologías del género», aunque no sabía que tenían un nombre tan elegante. Preocupada por mi socialización de hembra, percibía constantemente una serie de estructuras sociales que condicionaban mi cotidiano. Me aficioné al postporno por curiosidad, como encendida, entre el rechazo y la fascinación, en él encontré una herramienta para trabajar la sexualidad de manera crítica, desafiando las normas de la representación (y de la subjetividad) hegemónicas. Me vi enfrentada a un artefacto feminista distinto a cualquiera que hubiese conocido antes. La postpornografía penetró mi sistema de valores, mis deseos, mis prácticas políticas, sexuales, festivas y afectivas, y se instaló en mi cuerpo como un virus. Comencé una suerte de «militancia postporno» o, dicho de otro modo, una «investigación activista».

La pregunta por la postpornografía me permitió explorar distintos problemas, teorías, metodologías, genealogías y estrategias políticas. Mientras recorría algunos elementos dispersos en los márgenes del postporno comprendí que su centro era inexistente, o al menos, insignificante.

Las prácticas postpornográficas pueden servir para repensar críticamente la sexualidad, la propia y la colectiva. Se comprenden mejor cuando se hacen, no cuando se miran desde fuera, aunque mirarlas

también puede contaminar o irrumpir en quien observa. El postporno visibiliza y reconfigura ciertos códigos de la sexualidad, lo que se hace evidente cuando se lo compara con la pornografía convencional, que trae incorporado un sistema encriptado de codificación que reproduce y refuerza gran parte del imaginario sexual impuesto por la cultura occidental.

Esta investigación es carroñera, transita por la alta y la baja cultura, la alta y la baja teoría, mama de lo popular y del esoterismo, atraviesa las divisiones entre arte y vida, entre teoría y práctica, entre pensamiento y acción, en un despropósito marcado por el caos y el desaprendizaje.

En el proceso he aprendido de los feminismos. He construido una bibliografía tendenciosa que privilegia a ciertas autoras y busca nuevos textos, nuevas áreas de investigación y nuevas metodologías, para atender a producciones alternativas al corpus de pensamiento producido por hombres blancos, educados, heterosexuales y euro-estadounidenses. En esta búsqueda también me he percatado de lo difícil que es torcerle la mano a las hegemonías editoriales.

La lógica libresca de la linealidad de los capítulos en este texto ilustra un proceso de siete años de investigación, dando cuenta secuencialmente de distintas posiciones y miradas en torno al postporno que he encontrado en el camino.

En los primeros capítulos abordo aspectos de la construcción de la sexualidad en la cultura occidental, los orígenes de la pornografía, los debates dentro del feminismo estadounidense en torno a esta, el feminismo queer y la producción paulatina de un porno cada vez más cercano a lo que entendemos hoy como postpornográfico (esto es, *queerporn*, porno feminista, porno alternativo, etc.).

En la segunda mitad del libro, me refiero a las prácticas postpornográficas en contextos específicos (el reino de España, Barcelona y el transfeminismo), proponiendo un corpus de (posibles) antecedentes locales y organizando, a partir de lo que en un primer contacto con el postporno me causó conflicto, un panorama tentativo de prácticas y referentes a partir de tres dimensiones críticas.

La primera, tiene que ver con los desajustes entre norte y sur (relacionados con las migraciones, el racismo y el colonialismo) en el contexto del postporno de Barcelona, que tiene la particularidad de no contar con ninguna persona autóctona de la ciudad, y donde buena

parte viene, como yo, de Latinoamérica. Para esto me refiero a mi propia experiencia como migrante e intento problematizar los escenarios de la diáspora desde la perspectiva de la accesibilidad y el cuestionamiento de la supuesta universalidad del sexo, esperando que esta reflexión sirva para establecer coincidencias con otros contextos sexodisidentes del mundo occidental.

La segunda, aborda la vinculación de las tecnologías del software libre con el postporno, entendiendo este último como una práctica hacker de deconstrucción de códigos sexo-genéricos, un trabajo con los códigos de inscripción social que, como bien señala Klau Kinki, puede ser utilizado como una forma de «hacer, de desmontar las cosas, de comprenderlas de una manera más profunda y activa, [de] resistencia, sabotaje y transformación» (Klau Kinki, en Llopis, 2015, p. 179).

La tercera, aborda la importancia del error y del fracaso (de los modelos de representación capitalistas, heterosexuales y biempensantes) en la articulación de prácticas postpornográficas. Prácticas de agenciamiento encarnadas en modos denostados por la cultura dominante, como la monstruosidad, la rabia o la «violencia imaginada», donde el fracaso en la representación de una sexualidad convencional se convierte en aprendizaje y ejercicio de resistencia.

El recorrido que propongo en estas páginas va desde la producción pornográfica convencional (industrializada, orientada a la obtención de ganancias económicas, con *copyright*, basada en la representación binaria heterosexual y una división jerárquica de los roles) hacia la producción postpornográfica (autogestionada, doméstica, con licencias libres, horizontal, crítica, desorientadora con relación al género, con código abierto y enfocada a la transformación social).

Se trata de un recorrido posible, no del único ni del correcto. No pretendo ofrecer una verdad sobre el postporno, sino examinar tendenciosamente un fragmento de la disidencia sexual a partir de una investigación feminista y localizada. Para esto no solo he echado mano de la revisión y el análisis bibliográfico y de materiales de archivo, sino también de la interacción con agentes del postporno de la ciudad de Barcelona con quienes comparto relaciones de amistad y colaboración. Muchas de las preguntas e ideas que este libro recoge surgieron de estas conversaciones, y otras, del intercambio con personas de diferentes contextos, como Chile, Ecuador, México, Colombia o Brasil.

Hay ideas que atraviesan este libro de forma transversal. La noción de frontera de Gloria Anzaldúa (1987), por ejemplo, me ha ayudado a abordar esta investigación de forma situada⁴ y a comprender las prácticas postpornográficas como espacios intersticiales en los que la poética atraviesa el cuerpo y se superpone a las retóricas de la razón, produciendo conocimientos de un modo distinto. Mi propia experiencia y subjetividad han sido habitadas por la investigación feminista, entendida como una forma de «escribir (sobre/para) mi vida y crear un sentido a partir de ella» (M. Boylorn, 2013, p. 80). Del mismo modo, espero que este libro contribuya a dotar de sentido las prácticas de quienes participan de la desestructurada red del postporno.

La noción de performatividad de Judith Butler (1998, 2002, 2006), que ofrece posibilidades para imaginar formas de apertura, reapropiación y construcción de los códigos y tecnologías del género y de la sexualidad, también atraviesa este escrito. Me refiero a la performatividad presente en el trabajo de distintas personas a las que doy cita, pero también a la performatividad de mi propio relato, donde la escritura se va arrimando a la primera persona a medida que avanza el libro, mientras busco hacer de ella un código abierto.

Algunas precisiones

En este escrito las marcas de género aparecen de forma irregular. Utilizo el femenino la mayor parte de las veces ya que un gran porcentaje de las autoras, artistas y productoras referenciadas se identifican de esta forma. También he tendido a hablar de «las personas» para usar el plural femenino. El masculino lo uso, en cambio, para referir a autores específicos y a grupos marcadamente masculinos, como el caso de los directores de cine porno de los años setenta. Por último, en algunas ocasiones utilizo la marca «x» (por ejemplo «escritorxs», «productorxs», «putxs»), para señalar a personas o grupos que se posicionan fuera del sistema binario masculino-femenino, y en algunas

4. La noción de «conocimientos situados» apuesta por un cuestionamiento de la neutralidad a través de la localización del punto de vista y de su posición política (Haraway, 1995).

traducciones del inglés que no incluyen marca de género en su versión original.

Para referirme a instituciones como la iglesia, la medicina o el estado utilizo el criterio unificado de la minúscula. Para aludir al «Estado español» utilizo «reino de España», recordando así la condición monárquica de este territorio. A pesar de que en algunos momentos pueda resultar cansino y pesado, me parece importante remarcar lo ridículo y anacrónico de un sistema administrativo que perpetúa políticas fascistas que nos afectan como mujeres, inmigrantes, precarias, pobres, etc. Vengo de un país colonizado que se organizó de manera subsidiaria a la monarquía española, donde los procesos de independencia se dieron de forma administrativa pero no cultural. Ante el eufemismo invisibilizador de «Estado español», la enunciación «reino de España» pone en evidencia que hay desagrazos con los que no funciona el postulado transformador de Butler a propósito de la reappropriación del insulto.

En los primeros capítulos pude «desaparecer» eludiendo la primera persona, cosa sencilla cuando se habla de contextos geográficos y temporales que no forman parte de la experiencia personal. Pero a medida que me acercaba al tema central de la investigación, el postporno en Barcelona, la neutralidad se me fue haciendo cada vez más difícil, debiendo involucrarme de manera explícita en la narrativa del relato.

He tardado años en hablar en primera persona, buscando evitar el contrato perverso en el cual la investigación se reduce a la identificación personal, como si lo importante fuera la presencia de un yo. Pero al mismo tiempo pienso, como Donna Haraway, que «la teoría es cualquier cosa menos descarnada», por lo que se me hizo urgente y punzante abordar el postporno desde mi experiencia concreta para dotarlo de sentido, aunque fuera un (pequeño) sentido específico y contingente, distinto a la experiencia prestada de lo yanqui. Este texto, su estructura y progresión de la escritura, es un testimonio de mi retardo para asumir este desfase y aparecer.

En este libro se sospecha de una historia hegemónica de la postpornografía, que sitúa su surgimiento y desarrollo principalmente en Estados Unidos. Pienso que nuestras historias, alimentadas por referentes validados en los centros de poder de Estados Unidos y Europa, nos convierten en antropófagas que, a punta de materiales foráneos,

incorporamos elementos a nuestros cuerpos, desechándolos luego, tras su procesamiento, en un proceso de limpieza corporal/cultural.

No es posible imaginar un estado de pureza precolonial ni podemos disimular el hecho de que nos hemos alimentado de estos materiales, pero sí nos es posible sospechar, por ejemplo, de una genealogía del postporno que sitúa su origen en Estados Unidos, donde hoy, en rigor, el postporno no existe. ¿Por qué marcar allí entonces su origen? Por este motivo utilizo en este texto el término postpornografía, más cercano al inglés que la versión traducida, «pospornografía». Me interesa remarcar en cada mención el carácter importado, y en cierta forma impuesto, del término. Valga la «T» como recordatorio de nuestra condición colonial, de la imposibilidad de la transliteración y como invitación a un posible cambio de nombre, o incluso a su total desaparición.